9. ESTADÍOS TEMPRANOS DEL CONFLICTO EDÍPICO

(1928)

En mis análisis de niños, especialmente entre tres y seis años, he obtenido una serie de conclusiones que resumiré a continuación.

Frecuentemente me he referido a que el conflicto de Edipo comienza a actuar más temprano que lo que generalmente se supone. En mi trabajo "Los principios psic ológicos del análisis infantil", expongo este tema con más detalles. Allí llegué a la conclusión de que las tendencias edípicas son liberadas a consecuencia de la frustración que el niño experimenta con el destete, y que hacen su aparición al final del primer año de vida y principios del segundo; son reforzados por las frustraciones anales sufridas durante el aprendizaje de hábitos higiénicos. La siguiente influencia determinante en los procesos mentales es la diferencia anatómica entre los sexos.

El niño, al sentirse impelido a abandonar la posición oral y anal por la genital, pasa a los fines de penetración asociados con la posesión del pene. Así cambia, no sólo su posición libidinal, sino también su fin, y esto le permite retener su primitivo objeto de amor. En la niña, por otro lado, su fin receptivo es trasladado de la posición oral a la genital; así, cambia su posición libidinal, pero retiene su fin, que ya la había conducido a un desengaño en relación con la madre. En esta forma, se origina en la niña la receptividad para el pene y se dirige entonces al padre como objeto de amor.

Pero el comienzo mismo de los deseos edípicos se conecta ya con incipiente miedo a la castración y sentimientos de culpa.

El análisis de adultos, lo mismo que el de niños, nos ha familiarizado con el hecho de que los impulsos instintivos pregenitales se acompañan de sentimientos de culpa. En un principio se pensaba que los sentimientos de culpa aparecían después, y desplazados a estas tendencias, aunque no conectados originalmente con ellas. Ferenczi supone que, conectado con los impulsos uretrales y anales, hay una especie de "precursor fisiológico del superyó" que él llama "moral esfinteriana". Según Abraham, la angustia hace su aparición en el estadío canibalístico, mientras que el sentimiento de culpa surge en la subsiguiente primera fase anal sádica.

Mis descubrimientos van más allá. Muestran que el sentimiento de culpa asociado con las fijaciones pregenitales es ya efecto directo del conflicto edípico. Y esto parece explicar satisfactoriamente la génesis de tales sentimientos, pues sabernos que el sentimiento de culpa es en realidad un resultado de la introyección (ya realizada, o agregaría, realizándose) de los objetos de amor edípicos, es decir, el sentimiento de culpa es el producto de la formación del superyó.

El análisis de niños pequeños revela que la estructura del superyó se origina en identificaciones que datan de diferentes períodos y estratos de la vida mental. Estas identificaciones son sorpresivamente contradictorias en su naturaleza; excesiva bondad y excesiva severidad coexisten juntas. Encontramos en ellas también una explicación de la severidad del superyó, que se manifiesta especialmente en análisis infantiles. Parece incomprensible que un niño, de por ejemplo cuatro años, albergue en su mente una imagen irreal y fantástica de padres que devoran, cortan y muerden. Pero es claro por qué en un niño de alrededor de un año, la ansiedad causada por el comienzo del conflicto edípico toma la forma de un temor a ser devorado y destruido. El niño mismo desea destruir su objeto libidinal mordiéndolo, devorándolo y cortándolo, lo que le provoca angustia, ya que el despertar de las tendencias edípicas es seguido por la introyección del objeto, el que se transforma entonces en alguien de quien se debe esperar un castigo. El niño en consecuencia teme ahora un castigo que corresponda a su ataque; el superyó se transforma en algo que muerde, devora y corta.

La conexión entre la formación del superyó y las fases pregenitales del desarrollo es muy importante desde dos puntos de vista. Por un lado el sentimiento de culpa se vincula con las fases oral-sádica y anal-sádica aún predominantes, y por otro lado el superyó aparece cuando predominan estas fases, lo que explica su sádica severidad.

Estas conclusiones abren nuevas perspectivas. Solamente por una fuerte represión puede el yo, aún muy débil, defenderse de un superyó tan amenazador. Ya que al principio las tendencias edípicas se expresan principalmente bajo la forma de impulsos orales y anales, qué fijaciones predominarán en el desarrollo de la situación edípica estará sobre todo determinado por el grado de represión que tiene lugar en estos estadíos tempranos.

Otra razón de que sea tan importante la conexión directa entre la fase pregenital del desarrollo y el sentimiento de culpa, es que las frustraciones orales y anales son el prototipo de toda frustración posterior en la vida; se sienten al mismo tiempo como un castigo y por lo tanto producen ansiedad. Estas circunstancias hacen que la frustración sea sentida más agudamente y

esa amargura contribuye sobremanera a hacer más penosas todas las frustraciones ulteriores.

Encontramos que se derivan importantes consecuencias de estar el yo tan poco desarrollado cuando es asediado por la aparición de las tendencias edípicas y la incipiente curiosidad sexual asociada a ellas. El niño aún no desarrollado intelectualmente es invadido por problemas e interrogantes. Uno de los más amargos motivos de queja que hemos encontrado en el inconsciente es que esta cantidad abrumadora de interrogantes, que son aparentemente sólo en parte conscientes, y aun cuando son conscientes, no pueden ser expresados en palabras, permanecen sin contestación. Otro reproche que sigue muy de cerca a éste es que el niño no podía comprender las palabras. De este modo sus primeros interrogantes remontan más allá de los comienzos de su comprensión del lenguaje.

En el análisis estos dos motivos de queja hacen surgir un extraordinario monto de odio. Solos o juntos son la causa de numerosas inhibiciones del impulso epistemofílico, por ejemplo, la incapacidad para aprender lenguas extranjeras, y más tarde el odio hacia los que hablan una lengua distinta. Son también responsables de trastornos del habla, etc. La curiosidad que se muestra abiertamente más tarde, sobre todo en el cuarto o quinto año de vida, no es el principio, sino la culminación y terminación de esta fase del desarrollo que también he encontrado en el conflicto edípico en general.

El temprano sentimiento de no saber, tiene múltiples conexiones: se une al sentimiento de ser incapaz, impotente, el que pronto resulta de la situación edípica. El niño también siente esta frustración en forma más aguda porque no sabe nada definido sobre procesos sexuales. En ambos sexos el complejo de castración es acentuado por este sentimiento de ignorancia.

La temprana conexión entre el impulso epistemofílico y el sadismo es muy importante para todo el desarrollo mental. Este instinto, activado por el surgimiento de las tendencias edípicas, está al principio principalmente en relación con el cuerpo de la madre, al que se supone escenario de todos los procesos y desarrollos sexuales. El niño está aún dominado por la posición sádico-anal de la libido, la que le impulsa a desear apropiarse de los contenidos del cuerpo. De este modo comienza a tener curiosidad, por lo que contiene, cómo es, etc. De esta manera el instinto epistemofílico y el deseo de tomar posesión llegan pronto a estar íntimamente conectados el uno con el otro, y al mismo tiempo con el sentimiento de culpa provocado por el incipiente conflicto edípico. Esta significativa conexión anuncia en ambos sexos una fase de desarrollo de vital importancia, y que no ha sido

hasta aquí suficientemente valorizada. Consiste en una identificación muy precoz con la madre.

El curso seguido por esta fase "femenina" debe ser examinado separadamente en niños y niñas, pero antes de hacerlo trataré de demostrar su conexión con la fase previa que es común a ambos sexos.

En el temprano estadío sádico-anal el niño pasa su segundo trauma grave, que refuerza su tendencia a alejarse de la madre. Ella ha frustrado sus deseos orales y ahora interfiere también en sus placeres anales. Parecería que en este momento las frustraciones anales hacen que las tendencias anales se unan a las tendencias sádicas. El niño desea tomar posesión de las heces de la madre, penetrando en su cuerpo, cortándolo en pedazos, devorándolo y destruyéndolo. Bajo la influencia de sus impulsos genitales el niño comienza a dirigirse a su madre como un objeto de amor. Pero sus impulsos sádicos están en plena actividad, y el odio, originado en las más tempranas frustraciones, se opone fuertemente a su amor objetal del nivel genital. Un obstáculo aun mayor a su amor es el temor de ser castrado por el padre, el que surge con los impulsos edípicos. El grado que alcance la posición genital dependerá en parte de su capacidad de tolerar esta ansiedad. En esto la intensidad de las fijaciones oral-sádicas y anal-sádicas es un factor importante. Condicionan el monto de odio que el niño siente hacia su madre y esto, a su vez, le impide en mayor o menor grado alcanzar una relación positiva con ella. Las fijaciones sádicas ejercen también una influencia decisiva en la formación del superyó, que aparece mientras esta fase está en pleno predominio. Cuanto más cruel es el superyó, más terrorífico aparecerá el padre castrador, y el niño, en su huida de los impulsos genitales, se aferrará tenazmente a los niveles sádicos, niveles que en última instancia también colorean sus tendencias edípicas.

En estos estadíos tempranos, todas las posiciones del desarrollo edípico son catectizadas en rápida sucesión. Esto, sin embargo, no se nota, porque el cuadro está dominado por los impulsos pregenitales. Además no se puede trazar una línea rígida entre la actitud activa heterosexual, que se expresa en el nivel anal, y el posterior estadío de identificación con la madre. Hemos llegado ahora a la fase de desarrollo de la que ya hablé, denominándola fase femenina. Tiene sus bases en el nivel sádico-anal y da a este nivel un nuevo contenido ya que las heces son ahora equiparadas con el hijo anhelado, y ahora el deseo de robar a la madre se dirige tanto al niño como a las heces. Aquí debemos distinguir dos fines, que se combinan entre sí; uno surge del deseo de tener hijos, y la intención es apropiarse de ellos; mientras que el otro está motivado por los celos de los futuros hermanos y hermanas, cuya aparición se espera y por el deseo de

destruirlos dentro de la madre (un tercer objeto de las tendencias sádico-orales del niño, dentro de la madre, es el pene del padre).

Lo mismo que en el complejo de castración de las niñas, también en el complejo femenino del varón hay en el fondo el deseo frustrado de un órgano especial. Las tendencias a robar y destruir están en relación con los órganos de la concepción, embarazo y parto, que el niño piensa existen en la madre, y además con la vagina y los pechos, fuente de la leche, que son codiciados como órganos de receptividad y abundancia desde la época en que la fase libidinal es puramente oral.

El niño teme el castigo por haber destruido el cuerpo de la madre, pero además de esto su temor es de naturaleza más general, y aquí tenemos una analogía con la ansiedad asociada con los deseos de castración de la niña. Él teme que su cuerpo sea mutilado y desmembrado y este temor también significa castración: aquí tenemos una contribución directa al complejo de castración. En este temprano período de desarrollo la madre que saca las heces del niño también significa una madre que lo desmembra y lo castra. No solamente por medio de las frustraciones anales que ella inflige prepara el terreno para el complejo de castración; en términos de realidad psíquica ella ya es la castradora.

Este temor a la madre es tan abrumador porque está unido a él un intenso temor a ser castrado por el padre. Las tendencias destructivas cuyo objeto es el vientre están también dirigidas con toda su intensidad sádica oral y anal contra el pene del padre, que se supone situado allí. Es en este pene donde se centra en esta fase el temor a la castración por el padre. De este modo la fase femenina está caracterizada por ansiedad en relación con el vientre de la madre y el pene del padre, ansiedad que somete al niño a la tiranía de un superyó que devora, desmembra y castra, y que está formado por la imagen del padre y de la madre.

La incipiente posición genital está, de este modo, desde el principio entrelazada y mezclada con las múltiples tendencias pregenitales. Cuanto mayor es la preponderancia de las fijaciones sádicas, tanto más la identificación del niño con su madre se corresponde con una actitud de rivalidad hacia la mujer, con su mezcla de envidia y odio, porque de acuerdo con sus deseos de tener un hijo, se siente en desventaja e inferioridad con respecto a la madre.

Consideremos ahora por qué el complejo femenino de los hombres aparece mucho más oscuro que el complejo de castración de las mujeres, que es de igual importancia. La mezcla del deseo de tener un niño con el impulso epistemofílico permite al varón efectuar un desplazamiento al plano intelectual; su sentimiento de estar en desventaja queda entonces disimulado y sobrecompensado por la superioridad que él extrae de poseer el pene,

reconocida también por las niñas. Esta exageración de la posición masculina conduce a excesivas manifestaciones de masculinidad. En un trabajo ("Die Wurzel des Wissbegierde") Mary Chadwick ha referido también la sobreestimación narcisista del pene por el hombre, y su actitud de rivalidad intelectual hacia las mujeres a la frustración de su deseo de tener un hijo, y el desplazamiento de este deseo al plano intelectual.

La tendencia de los niños a expresar excesiva agresión, que aparece muy frecuentemente, tiene sus fuentes en el complejo femenino. Se acompaña con una actitud de desprecio y "suficiencia" y es sumamente asocial y sádica; está determinada en parte por el intento de encubrir la ansiedad y la ignorancia subyacente. En parte coincide con la protesta del niño (originada en su temor a la castración) contra el rol femenino, pero está también enraizada en su temor a la madre, a la que quería robar el pene del padre, sus hijos y sus órganos sexuales femeninos. Esta excesiva agresión se une al placer de atacar que proviene de la situación edípica, directa, genital, pero representa la parte de la situación que es el mayor factor asocial en la formación del carácter. Esto explica por qué la rivalidad del hombre con las mujeres será mucho más asocial que su rivalidad con los mismos hombres, que está ampliamente incitada por la posición genital. Por supuesto que el monto de fijaciones sádicas también determinará las relaciones de un hombre con otros hombres, cuando éstos son rivales. Si por el contrario, la identificación con la madre está basada en una posición genital más fuertemente establecida, por un lado su relación con las mujeres será de carácter positivo y por el otro el deseo de tener un niño y el componente femenino, que juega un papel tan esencial en el trabajo de los hombres, encontrará oportunidades más favorables para la sublimación.

En ambos sexos una de las principales raíces de las inhibiciones en el trabajo es la ansiedad y el sentimiento de culpa, asociados con la fase femenina. La experiencia me enseñó, sin embargo, que un análisis profundo de esta fase es, por otras razones también, importante desde un punto de vista terapéutico, y debería poder ayudar en algunos casos obsesivos que parecen haber llegado a un punto donde nada más puede ser resuelto.

En el desarrollo del niño, la fase femenina es seguida por una prolongada lucha entre la posición pregenital y genital de la libido. Esta lucha, que está en su apogeo entre los tres y cinco años, es claramente reconocible como el conflicto edípico. La ansiedad asociada con la fase femenina conduce al niño a la identificación con el padre, pero este estímulo de por sí no suministra una firme base para la posición genital, ya que lleva principalmente a la represión y sobrecompensación de los instintos anal-sádicos, y no a superarlos. El temor a la castración por el padre refuerza la fijación a nivel sádico-anal. El grado de genitalidad constitucional juega

también una parte importante con respecto a un resultado favorable, o sea, el logro del nivel genital. A menudo el resultado de la lucha permanece indeciso y esto da lugar a la aparición de trastornos neuróticos y perturbaciones de la potencia[1]. Así lograr una potencia completa y alcanzar la posición genital, dependerán en parte de la resolución favorable de la fase femenina.Enfocaré ahora el desarrollo de las niñas. A consecuencia del proceso de destete la niña se ha alejado de la madre, siendo impelida más fuertemente a hacerlo por las frustraciones anales que ha sufrido. Las tendencias genitales comienzan ahora a influir en su desarrollo mental.

Estoy completamente de acuerdo con Helene Deutsch, quien sostiene que el desarrollo genital de la mujer se completa con el afortunado desplazamiento de la libido oral a la genital. Sólo que mis conclusiones me llevaron a creer que este desplazamiento comienza con las primeras manifestaciones de los impulsos genitales y que el fin oral, receptivo, de los genitales, ejerce una influencia determinante para que la niña se vuelva hacia el padre. Además he llegado a la conclusión de que en cuanto los impulsos edípicos hacen su aparición no sólo surge un reconocimiento inconsciente de la vagina, sino también sensaciones en ese órgano y en el resto del aparato genital. En las niñas, sin embargo, la masturbación no proporciona una descarga tan adecuada para esos montos de excitación como proporciona en los niños. De ahí que la acumulada falta de gratificaciones proporciona otro motivo para que existan más complicaciones y disturbios en el desarrollo sexual femenino. La dificultad de obtener completa gratificación por la masturbación puede ser otra causa, además de las indicadas por Freud, del repudio del onanismo por la niña, y esto puede explicar en parte por qué, durante su lucha para abandonarla, la masturbación manual es generalmente reemplazada por apretar ambos muslos uno contra otro.

Además de la cualidad receptiva del órgano genital, movilizada por el intenso deseo de una nueva fuente de gratificación, la envidia y odio a la madre poseedora del pene del padre parece ser, en el período en que surgen estos primeros impulsos edípicos, un motivo más para que la niña se vuelva hacia el padre. Sus caricias tienen ahora el efecto de una seducción y se las ve como "la atracción del sexo opuesto"[2]. La identificación de la niña con la madre resulta directamente de los impulsos edípicos: toda la lucha provocada en el niño por su angustia de castración no existe en ella. En las niñas, tanto como en los niños, esta identificación coincide con las

[1] W. Reich: La función del orgasmo.

[2] Nos encontramos regularmente con el reproche inconsciente de que la madre ha seducido al niño mientras lo atendía. Este reproche retrocede al período en que afloran los deseos genitales y despiertan las tendencias edípicas.

tendencias anal-sádicas de robar y destruir a la madre. Si la identificación con la madre tiene lugar predominantemente en un estadío en que las tendencias oral-sádicas y anal-sádicas son todavía muy fuertes, el miedo a un superyó materno primitivo conducirá a la represión y fijación a esta fase e interferirá con el futuro desarrollo genital. El temor hacia la madre también impulsa a la niña a renunciar a la identificación con ella, y comienza entonces la identificación con el padre.

El impulso epistemofílico de la niña es despertado primero por el complejo edípico; el resultado es que ella descubre su falta de pene. Siente esta carencia como una nueva causa de odio hacia la madre, pero al mismo tiempo su sentimiento de culpa le hace verla como castigo. Esto agudiza su frustración, y a su vez ejerce una profunda influencia en todo su complejo de castración.

Este temprano pesar por la carencia de pene después se magnifica mucho, cuando la fase fálica y el complejo de castración están totalmente activos. Freud ha establecido que el descubrimiento de la falta de pene motiva el alejamiento de la madre y el acercamiento al padre. Mis observaciones muestran, sin embargo, que este descubrimiento sólo actúa como un reforzarniento en este sentido: se hace en un estadío muy temprano del conflicto edípico, y la envidia del pene sigue al deseo de tener un niño, que reemplaza nuevamente la envidia del pene en el desarrollo posterior. Yo veo la privación del pecho como la más fundamental causa del acercamiento al padre.

La identificación con el padre está menos cargada de ansiedad que la identificación con la madre; además el sentimiento de culpa hacia ella impulsa a sobrecompensarla con una nueva relación amorosa con ella. En contra de esta nueva relación amorosa con ella actúa el complejo de castración que dificulta una actitud masculina, y también el odio hacia ella que proviene de situaciones más tempranas. El odio y la rivalidad con la madre, sin embargo, la llevan nuevamente a abandonar la identificación con el padre y acercarse a él como objeto para amar y ser amada.

La relación de la niña con la madre lleva a que la relación con el padre sea a la vez positiva y negativa. La frustración que le produce el padre tiene como base más profunda el desengaño ya sufrido en relación con la madre; un poderoso motivo del deseo de poseerlo, surge del odio y de la envidia contra la madre. Si las fijaciones sádicas permanecen predominantes, este odio y su sobrecompensación afectará también esencialmente la relación de la mujer con los hombres. Por otra parte, si hay una relación más positiva con la madre, construida sobre la posición genital, no solamente estará la mujer más libre de sentimiento de culpa en relación con sus hijos, sino que su amor por su esposo será fuertemente reforzado, ya que para la mujer él

siempre ocupa el lugar de la madre quien da lo que es deseado y ocupa también el lugar del hijo amado. Sobre estos importantes cimientos es construida la parte de la relación que está conectada exclusivamente con el padre. Al principio se centra en la acción del pene en el coito. Este acto, que también promete gratificación de los deseos que están ahora desplazados hacia lo genital, parece a la niñita el logro más completo.

Su admiración es sacudida por la frustración edípica pero a menos que se convierta en odio, constituye una de las características fundamentales de la relación de la mujer con el hombre. Más tarde, cuando obtiene completa gratificación de los impulsos amorosos, se une a esta admiración la inmensa gratitud que se deriva de la larga frustración. Esa gratitud halla su expresión en la mayor capacidad femenina para una completa y duradera sumisión a un solo objeto amado, especialmente "para el primer amor".

Una causa por la que el desarrollo de la niña está en desventaja es la siguiente: mientras el varón posee en realidad el pene, con respecto al cual entra en rivalidad con el padre, la niña pequeña sólo tiene el deseo insatisfecho de maternidad, y de éste sólo tiene un reconocimiento confuso e incierto, aunque muy intenso. No es sólo esta incertidumbre lo que perturba su esperanza de una futura maternidad. Esta esperanza está mucho más debilitada por la ansiedad y el sentimiento de culpa, y esto puede perjudicar seria y permanentemente la capacidad materna de una mujer. A causa de las tendencias destructivas que en una época dirigió contra el cuerpo de la madre o ciertos órganos del mismo, y contra los niños en el vientre, la niña espera la retribución en forma de destrucción de su propia capacidad de maternidad o de los órganos relacionados con su función y de sus propios hijos. Esto es también una de las razones de la constante preocupación de las mujeres (a menudo tan excesiva) por su belleza personal, pues temen que ésta también sea destruida por la madre. En el fondo del impulso a embellecerse y adornarse existe siempre la idea de reparar la belleza dañada, y esto se origina en la ansiedad y el sentimiento de culpa[3].

Es probable que este profundo temor a la destrucción de los órganos internos pueda ser la causa psíquica de la mayor susceptibilidad de las mujeres, comparada con la de los hombres, para la histeria de conversión y las enfermedades orgánicas.

Esta ansiedad y sentimiento de culpa son la causa principal de la represión de los sentimientos de orgullo y alegría por el rol femenino, que

[3] Véase el trabajo de Hárnik (1928) en el Congreso Psicoanalítico de Innsbruck: "Die ökonomischen Beziehungen zwischen dem Scbuldgefühl und dem weiblichen Narzissmus".

PSIKOLIBRO

generalmente son muy fuertes. Esta represión trae como consecuencia el desprecio de la capacidad de maternidad, al principio tan altamente valorada. De este modo la niña carece de la poderosa ayuda que el niño obtiene de la posesión del pene, y que ella misma podría encontrar en la expectativa de su maternidad.

La intensa ansiedad de la niña por su feminidad puede ser vista como análoga al temor a la castración del niño ya que seguramente contribuye al rechazo de sus impulsos edípicos. El curso seguido por la angustia de castración del varón en lo que se refiere al pene, que existe visiblemente, es sin embargo diferente; puede calificarse como más aguda que la ansiedad más crónica de la niña relativa a sus órganos internos, con los que está necesariamente menos familiarizada. Pero tiene que producir diferencia el que la ansiedad del varón esté determinada por el superyó paterno y la de la niña por el superyó materno.

Freud dijo que el superyó de la niña tiene un desarrollo distinto que el del varón. Encontramos constantemente la confirmación del hecho de que los celos desempeñan un papel más importante en la vida de las mujeres que en la de los hombres, porque son reforzados por la envidia hacia el hombre a causa de su pene. Por otro lado, sin embargo, las mujeres poseen especialmente una gran capacidad, no sólo basada en sobrecompensación, para desatender sus propios deseos y dedicarse con autosacrificio a tareas éticas y sociales. No podemos explicar esa capacidad por la combinación de rasgos masculinos y femeninos, que, a causa de la disposición bisexual del ser humano, influye en casos particulares la formación del carácter, ya que esa capacidad es de índole evidentemente maternal. Pienso que a fin de explicar cómo las mujeres pueden recorrer una gama tan amplia desde los más bajos celos hasta el más completo y generoso olvido de si mismas, debemos considerar las condiciones peculiares de la formación del superyó femenino. Desde la temprana identificación con la madre en la que el plano anal-sádico es tan preponderante, en la niña se originan celos y odio y se forma un superyó cruel extraído de la imago materna. El superyó que se desarrolla en esa etapa por una identificación paterna puede ser también amenazante y causar ansiedad, pero nunca parece alcanzar las mismas proporciones que las que derivan de la identificación materna. Cuanto más se estabiliza en una base genital la identificación con la madre, tanto más se caracterizará por la devoción de una madre generosa. De este modo, esta actitud afectiva positiva depende de las características del ideal materno alcanzado en el estadío pregenital o genital. Pero en lo que respecta a la conversión activa emocional en actividades sociales o de otra índole, parecería que el que está activo es el ideal del yo paterno. La profunda admiración que siente la niña por la actividad genital del padre, lleva a la

formación de un superyó paterno que establece ante ella fines activos que nunca podrá alcanzar totalmente. Si, debido a ciertos factores de su desarrollo, el incentivo para cumplir con esas finalidades es suficientemente fuerte, la imposibilidad de lograrlas puede dar ímpetu a sus esfuerzos, los que combinados con la capacidad de autosacrificio que derivan del superyó materno, da a una mujer, en casos especiales, una capacidad para logros excepcionales en el plano intuitivo y en campos específicos.

El niño obtiene también de la fase femenina un superyó materno que le lleva, igual que a la niña, a hacer identificaciones primitivas tanto crueles como bondadosas. Pero él pasa a través de esa fase para reasumir (es verdad, en diversos grados) la identificación con el padre. Por mucho que se haga sentir del lado materno en la formación del superyó, es sin embargo el superyó paterno el que tiene desde el principio una influencia decisiva para el hombre. Y también pone ante sí una figura ejemplar, pero que no es alcanzable porque el varón está hecho a imagen de su ideal. Esta circunstancia contribuye a que la labor creativa del hombre sea más sostenida y objetiva.

El temor al daño de su feminidad ejerce una profunda influencia en el complejo de castración de la niña ya que le hace sobreestimar el pene del que ella carece. Esta exageración es entonces mucho más evidente que la ansiedad subyacente por su propia feminidad. Quisiera recordarles aquí el trabajo de Karen Horney, que fue la primera en examinar las fuentes del complejo de castración de las mujeres. en la medida en que estas fuentes residen en la situación edípica.

Relacionado con esto debo hablar de la importancia para el desarrollo sexual de ciertas tempranas experiencias en la infancia. En el trabajo que leí en el Congreso de Salzburgo en 1924, mencioné que cuando se observa el coito en un estadío posterior del desarrollo estas experiencias asumen el carácter de un trauma, pero si ocurren en edades más tempranas se fijan y forman parte del desarrollo sexual. Debo agregar que una fijación de este tipo puede dominar no sólo ese estadío particular del desarrollo, sino también al superyó que se halla en ese momento en proceso de formación, y puede entonces perjudicar su futuro desarrollo. Cuanto más completamente alcance el superyó su cima en la etapa genital, menos predominarán las identificaciones sádicas en su estructura, y más probable será el logro de salud mental y el desarrollo de una personalidad con alto nivel ético.

Hay otro tipo de experiencia en la temprana infancia que me parece típica y muy importante. Estas experiencias a menudo siguen de cerca a las observaciones del coito, y son inducidas o fomentadas por las excitaciones que derivan de ellas. Me refiero a las relaciones sexuales de niños pequeños

entre sí, entre hermanos y hermanas o entre compañeros de juego que consisten en tos más variados actos: mirar, tocar, defecar en común, fellatio, cunnilngus, ya menudo intentos directos de coito. Están profundamente reprimidos y profundamente cargados de sentimientos de culpa. Estos sentimientos se deben principalmente al hecho de que el objeto amado, elegido bajo la presión de la excitación debida al conflicto edípico, es vivido por el niño como sustituto del padre, de la madre o de ambos. Es así como estas relaciones que parecen tan insignificantes y a las que aparentemente no escapa ningún niño bajo el estímulo del desarrollo edípico, toman el carácter de una relación edípica realmente realizada, y ejercen una influencia determinante sobre la formación del complejo de Edipo, sobre la liberación del sujeto de este complejo y sobre sus relaciones sexuales posteriores. Asimismo, una experiencia de este tipo crea un importante punto de fijación en el desarrollo del superyó. Como consecuencia de la necesidad de castigo y de la compulsión de repetición, esas experiencias a menudo llevan al niño a someterse al trauma sexual. En relación con esto quisiera remitiros a Abraham, quien demostró que experimentar traumas sexuales forma parte del desarrollo sexual de los niños. La investigación analítica de estas experiencias, tanto en el análisis de adultos como de niños, nos esclarece mucho la situación edípica en relación con las fijaciones tempranas, y es por lo tanto importante desde el punto de vista terapéutico.

Resumiendo mis conclusiones: ante todo deseo recalcar que, según mi opinión, no contradicen las observaciones del profesor Freud. Pienso que el punto esencial de las consideraciones adicionales que he hecho está en que sitúo esos procesos en épocas más tempranas, y en que las diferentes fases (especialmente en los estadíos iniciales) se fusionan más libremente la una con la otra de lo que hasta ahora se suponía.

Los estadíos tempranos del conflicto edípico están tan dominados por las fases pregenitales del desarrollo que la fase genital, cuando comienza a ser activa, está al principio muy oculta, y sólo más tarde, entre los tres y cinco años, se torna más claramente reconocible. A esa edad el complejo de Edipo y la formación del superyó alcanzan su punto culminante. Pero el hecho de que las tendencias edípicas comiencen tanto más temprano de lo que suponíamos, la presión del sentimiento de culpa que por lo tanto recae en los niveles pregenitales, la influencia determinante así ejercida tan tempranamente en el desarrollo edípico por una parte, en la formación del superyó, por la otra y en consecuencia sobre la formación del carácter, sexualidad y todo el resto del desarrollo del sujeto, son hechos que me parecen de una importancia muy grande y hasta ahora no reconocida. Comprobé el valor terapéutico de estos conocimientos en los

análisis de niños, pero no se limita a éstos. He podido comprobar estas conclusiones en el análisis de adultos y he encontrado que no sólo se confirmó su actitud teórica, sino que también se estableció su importancia terapéutica.